



IV CENTENARIO

NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL MADRID VIEJO

UN 19 de septiembre —del año 1561— establecía en Madrid su Corte, confiriéndole a la Villa su condición de capital de España; su sello y los consejos protocolarios, la majestad católica de Felipe II, a quien Isabel de Inglaterra llamara «El demonio del Mediodía». Un año antes, el 13 de junio de 1560, en su camino desde Toledo a Valladolid, pueblo natal del hijo del César, se detuvo unos meses en la que Quevedo designaba «Villa mantuana». No era, como quiere Federico Carlos Sáinz de Robles, una razón administrativa, ni económica, ni tampoco histórica; era que el monarca buscaba, en los aires y aguas, mejoría para sus males. El aire fino, el cielo alto y unas aguas saludables que procedían de la Sierra azul del Marqués de Santillana, le eran más beneficiosas para su gota que las hondas del Tajo y las pasajeras del Pisuerga.

Todavía la futura capital era la aldea morisca que conquistara Ramiro I y reconquistara Alfonso X, y se llamaba Magerit, no Matritum, ni Miacum —tierra de gatos, tanto como de osos y madroños—, que iba a dar origen al segundo escudo de la Villa, al que, un poco ligeramente, se da por más antiguo, olvidando que el primitivo que describe Ramón de Mesonero Romanos en su insoslayable cronicón «El antiguo Madrid», dando a la estampa el inapreciable grabado que representa el agua, el fuego y el pedernal con esta leyenda: «Fui sobre agua edificada—mis muros de fuego son;—esta es mi insignia y blasón».

El escudo del oso y el madroño, en campo de plata, con la banda azul y las siete estrellas del carro o collar, simbolizaba las luchas entre Municipi-

pio y Clero por la posesión del suelo y «del aire». Nació una Administración y el pago de unas contribuciones.

Los Reyes Católicos habían coronado la Villa. El tercer escudo componíase de cuatro cuarteles: las barras de Aragón; las cadenas de Navarra; el grifón alado que dice la leyenda se reproducía en los discos de plata hallados en las ruinas de la primitiva iglesia de Santa María; el castillo y el león, y en el centro la granada, símbolo de la conquista y expulsión de los moros de la ciudad del Darro. Fuera, a manera de orla, el yugo y las flechas que hemos vuelto a grabar en nuestra mente.

* * *

Aquel Madrid comenzaba en la plaza de Requena, con la iglesia de San Juan. La muralla, sobre los restos de la primitiva, descendía por la calle de Bailén, se rompía sobre el Arco de la Vega, para continuar rodeando la Morería, donde naciera San Isidro en el siglo XI; se adentraba por la calle que aún hoy se llama de Don Pedro, porque en ella está el palacio de don Pedro Lasso de Castilla, residencia de los Reyes Católicos, y una vez viudo don Fernando de Aragón, con su segunda esposa, doña Germana de Foix. Dejaba atrás las huertas de la calle de Segovia, a las que Galdós dió el nombre de su dueño, un tal Pozacho; atravesaba la Puerta de Moros, centro de la vida de los hijos de Mahoma, y el Humilladero de Santa María de Gracia, donde el criado de Iván de Vargas oía la misa del alba, antes de dirigirse a las tierras que labraba en el cerro que dominaba el Manzanares, y la hagiografía recoge como el lugar donde el Santo clavó la aijada y brotó el agua que calmó la sed del incrédulo Iván y hoy es fuente de agua saludable.

*”Quien calentura trujiere,
volverá sin calentura”*,

escribió Lope de Vega.

Seguía la muralla —*cerco* le llama el aludido Mesonero Romanos— por la Cava Baja; la plaza de Puerta Cerrada, porque allí la muralla se cerraba antes de anochecer; la Cava de San Miguel o Cuchilleros, nombre prestado por la abundancia de gentes dedicadas a este oficio; salía a la calle Mayor, a la altura de la Puerta de Guadalajara, y por la de Milanese y Santiago, iglesia que recibía el nombre de San Jacobo, frontera del palacio señalado por Felipe II para residencia de don Juan de Austria, e iba a morir en la plaza de su nacimiento.

Dentro de ese *cerco* tenían sus mansiones los Lasso de Castilla, los Vargas, los Lujanes y los Luzones, los Alvarez Gato. Sus palacios, Uceda y Eholi, el Condestable de Castilla, los Condes de Miranda y Barajas; Iván de Vargas, en la actual calle del Doctor Letamendi y la Casa de Campo, que ahora lleva el nombre de plaza de San Andrés, y habitó el hijo del pocero, que iba a subir a los altares; cinco siglos más tarde Madrid lo elegiría como su Santo Patrono.

Diez iglesias cabían en aquel recinto: la de San Andrés, San Justo, San Miguel (destruida luego por un incendio), donde recibió las aguas bautismales Lope de Vega, nacido en el número 48 de la calle Mayor, en casa que la piqueta irrespetuosa ha perdido para la Historia y ganado para una casa de comidas, con arreglo a planos modernizantes. San Pedro el Real, que Pedro de Répide se complacía en darle el apelativo de Viejo; San Salvador, primer Concejo de la Villa antes de existir el Alámin; San Jacobo, San Juan que —se cree— enterró a Velázquez en su cripta; la Capilla del Obispo, muestra preciosa del gótico del siglo XII; Santa María...

La iglesia de San Ginés, que es del siglo XVII y hace pocos años ha restaurado su fachada, pertenecía a los arrabales (el del Arenal); las Descalzas Reales... La plaza del Arrabal, hoy plaza Mayor, es de don Juan II. Se ideó su fábrica actual en 1617-19, con planos de Gómez de Mora y decoración, en la fachada de la Panadería, de Silíceo.

La iglesia de San Martín también fué demolida. Estaban, extramuros, el palacio de Oñate, propiedad del Conde de Villamediana, don Juan de Tharsis, asesinado por un vulgar criado de Felipe IV, de apellido Vellido.

*”El matador fué Vellido
y el impulso, soberano...”*,

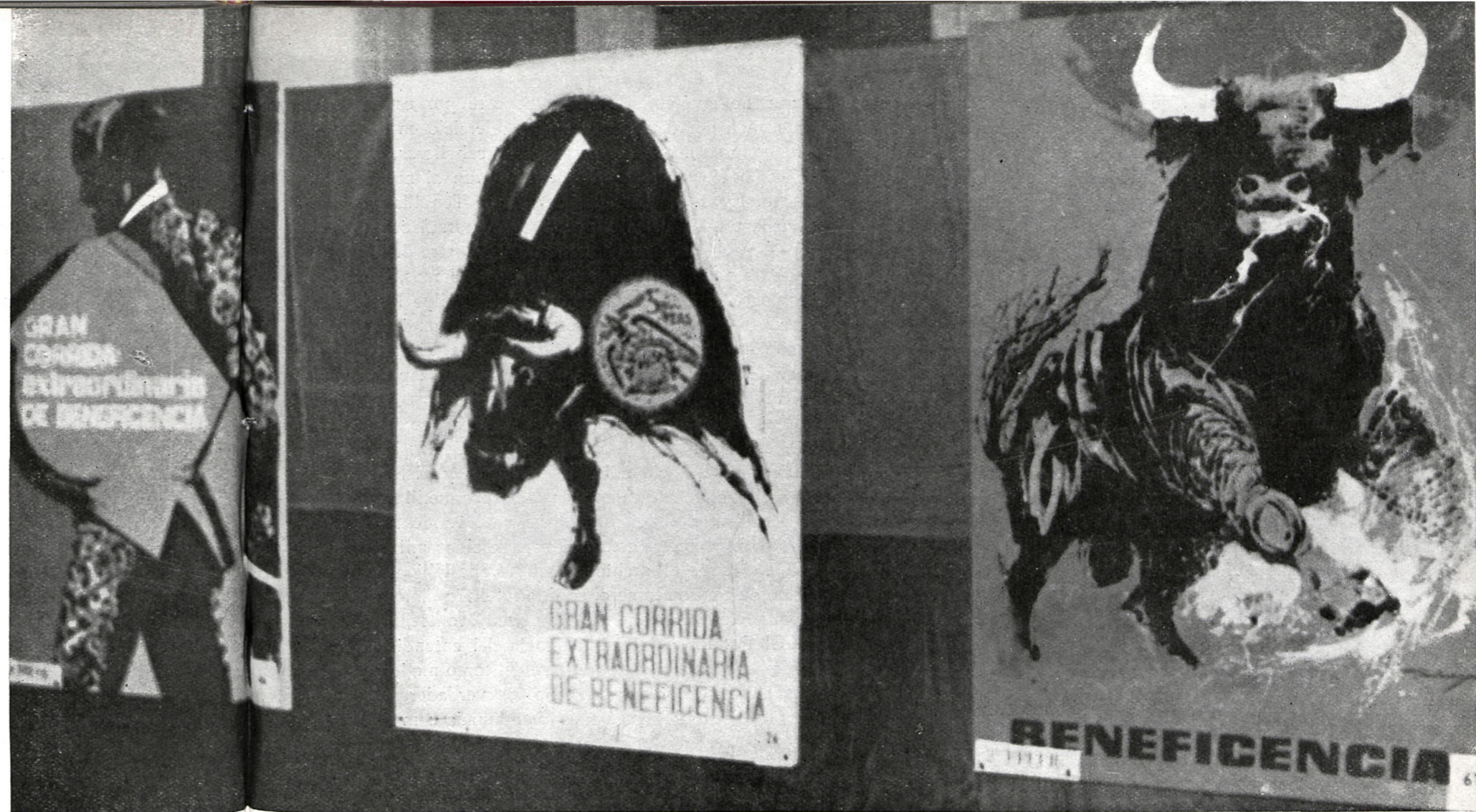
dijo Góngora en décima inmortal que unos atribuyeron a Lope de Vega —ligereza imperdonable—, y Astrana Marín al *inocente* don Miguel de Cervantes.

EDUARDO M. DEL PORTILLO

Gran éxito de la IX Exposición de Carteles anunciadores de la Corrida de Beneficencia

3

Al certamen concurren ochenta obras y obtuvo el primer premio don Rafael Alvarez Díaz, y el segundo y tercero, don Fermín Hernández Garlayo y don José Luis Roncero, respectivamente



De izquierda a derecha, en primer lugar, el cartel que obtuvo el máximo galardón. En el centro, el tercer premio, y, a la derecha, el segundo.

Reunido bajo la presidencia del Marqués de la Valdavia el Jurado calificador del IX Concurso de Carteles Anunciadores de la Gran Corrida de Beneficencia, integrado por los Diputados provinciales don Eugenio Lostáu, Vicepresidente de la Corporación, y don Antonio Navarro Sanjurjo; por la Academia de Bellas Artes, don José Francés, y por los representantes de la Asociación de Dibujantes y de la Agrupación Sindical de Dibujantes, don Antonio Moyano y don Francisco Martínez Chaves, ha acordado por unanimidad conceder el primer premio, de 10.000 pesetas, al cartel presentado con el número 46 por don Rafael Alvarez Díaz; el segundo, de 4.000 pesetas, al cartel número 61, original de don Fermín Hernández Carbayo; el tercer premio, de 2.000 pesetas, al cartel número 26, presentado por don José Luis Roncero.

* * *

El sábado, día 5 de mayo, a las siete y media de la tarde se inauguró en el Casino de Madrid la IX Exposición de Carteles Anunciadores de la gran Corrida Extraordinaria de Beneficencia. En dicha Exposición se han presentado ochenta carteles y participan en la

"EL CARTEL TAURINO, VISTO POR UN ESPONTANEO"

CONFERENCIA INAUGURAL DE DON ANTONIO GULLON WALKER, JEFE DE LA OFICINA DE RELACIONES EXTERIORES

misma las firmas más conocidas dentro de esta especialidad artística.

En el acto inaugural, el Jefe de la Oficina de Relaciones Exteriores y Publicaciones de la Diputación, don Antonio Gullón Walker, pronunció una conferencia bajo el título de "El cartel taurino, visto por un espontáneo".

El Marqués de la Valdavia, que presidió el acto, acompañado, entre otras distinguidas personalidades, por el Vicepresidente de la Corporación, don Eugenio Lostáu Román, y los Diputados provinciales señores Navarro Sanjurjo, Martínez Cattaneo y Pozuelo Borondo, pronunció unas palabras de presentación glorificando la personalidad del conferenciante, don Antonio Gullón Walker, quien acto seguido inició su interesante disertación.

EL CARTEL TAURINO, VISTO POR UN ESPONTANEO

Hay un hecho o circunstancia taurina, la del espontáneo en la plaza, que viene de perlas utilizarlo como un símil al comienzo de esta charla mía. Todavía no han sonado los clarines de la Gran Fiesta, de esta fiesta que nuestro ilustre Presidente, Marqués de la Valdavia, ha calificado con justicia como la de mayor rango y prestigio de la temporada, pero aquí están ya los carteles anunciadores. El pregón de los colores y las esperanzas se ha abierto en esta primavera taurina que acaba de iniciarse, y tras los carteles que nos hacen saber que está a punto de celebrarse la Gran Corrida Extraordinaria de Beneficencia, la fantasía de cada uno va tejiendo el mundo de sus ilusiones. Los

artistas, que concursan —nombres prestigiosos junto a otros que por vez primera se «echan al ruedo»—, alentados por la esperanza del galardón, no por lo que representa crematísticamente, sino por el afán de acreditar excelencias profesionales; el espectador —qué simple y sencillas son siempre las reacciones de cuantos se congregan movidos por el interés de una diversión—, confiado en que ha de oír, una y otra vez, el aplauso ruidoso que la muchedumbre tributa al triunfador. Y yo, permitid que este modesto charlista tenga también sus ilusiones, con los latidos de su corazón al unísono de las esperanzas propias de quien se estima un espontáneo en algo para lo cual se necesita valor y audacia. Valor y audacia, dos virtudes características de ese «maletilla» que, saltando por encima de mil dificultades, va a realizar de forma sencilla lo que

buenamente sabe, aunque la mayoría de las veces lo que sepa sea bien poco porque es de todo punto cierto lo que dice el refranero de que «el toro a los cinco y el torero a los veinticinco», edad áurea que en mi caso no cabe engaños, por haberla sobrepasado hace largo tiempo.

El espontáneo hace, como ya he dicho, lo que sabe con naturalidad. A veces da soberbios muletazos, se asegura en el terreno y manda al toro; las más lo intenta todo y nada consigue. Pocas, muy pocas, logra la faena completa. Pues bien, yo, como el más vulgar de los espontáneos, todo lo voy a intentar. Un poco de aquí y otro poco de allá. Historias, anécdotas, opiniones y hasta el dato estadístico. Es decir, todo y nada. Pero para que nada falte en estos prolegómenos de mi charla, que necesariamente tiene que ser taurina, no quiero que echen ustedes de menos un brindis que, a pesar de ser ofrenda íntima y particular, va al mismo tiempo dirigido, con sonos de pasodoble castizo, a las mujeres españolas:

*Pisa, morena;
pisa con garbo,
que el trocito de mi capote
no fué pisado por tan lindo pie.*

Bueno, ya hemos hecho el paseíllo; hemos saludado a la presidencia y al respetable con la montera en mano, han tocado los clarines y, por tanto, queramos o no, tenemos que torear. Y esto en verdad que, amigos, impone terriblemente; nada asusta tanto como ajustarse a unas normas; nada preocupa más que no acertar con el tiempo justo en que hay que empuñar la espada para terminar la faena antes que el aburrimiento invada al espectador, antes que suene el aviso.

Todos sabemos que el toreo en tiempos remotos, más que arte, era ejercicio físico o de destreza, y cons-

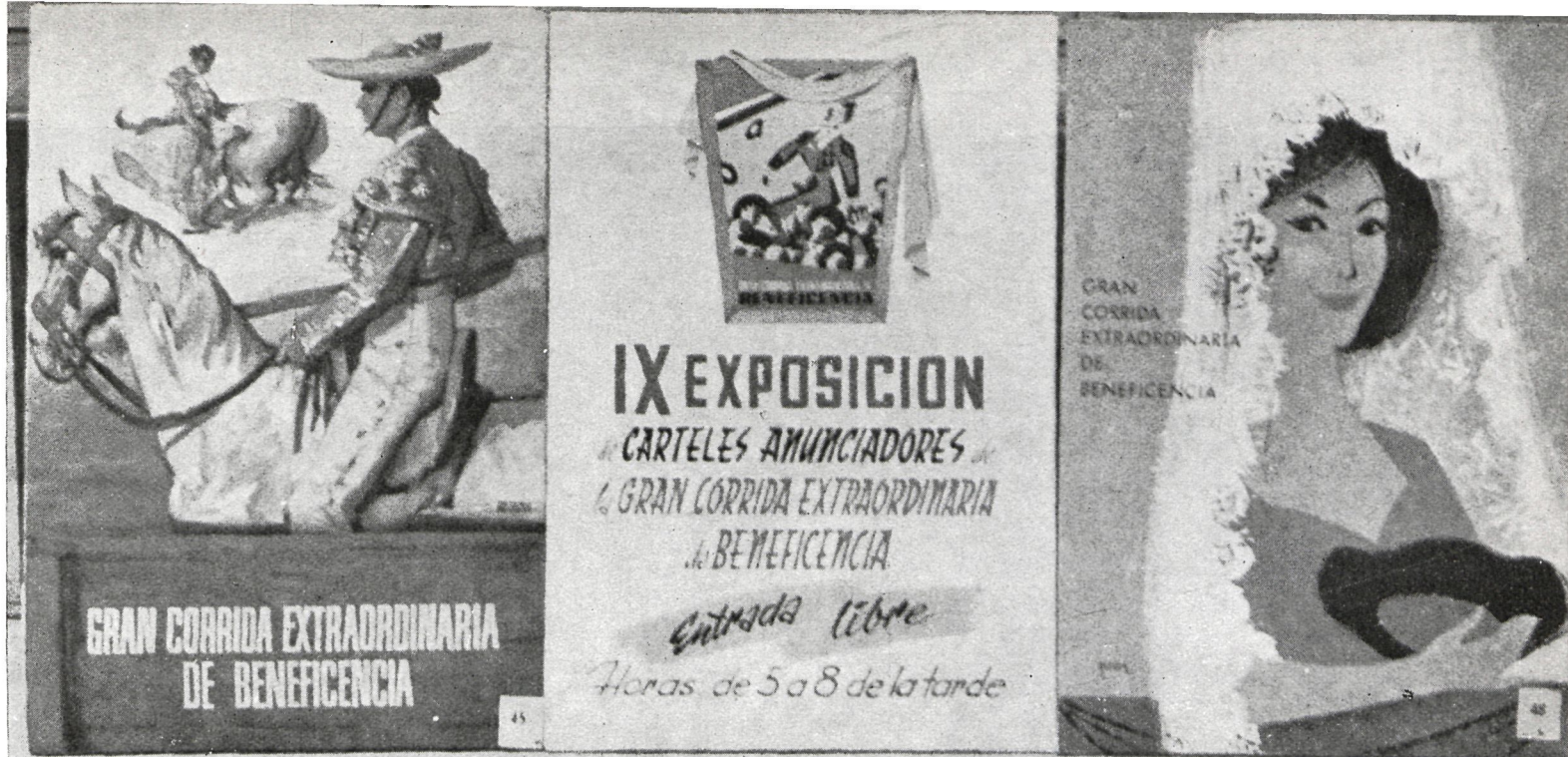
Tres atrevidas llamadas a la fiesta. Sus autores, «Alvear», Urranquí y Lino Sánchez, aunque por distinto camino, intentan participar en esa «lucha» por desplazar al antiguo cartel de toros.

te que no empleo la palabra deporte por estimarla inadecuada por demasiado nueva; ejercicio en el que se adiestraron muchos y muy ilustres caballeros, y que incluso nobles y monarcas descendieron al palenque taurino. Entre aquéllos, los condes de Tendilla y Villamediana —el célebre poeta y enamorado personaje—, aquel caballero que incendió el teatro de Aranjuez para poder salvar a la Reina de las llamas, y para caer poco después en el enojo del Rey Felipe IV, que por cierto fué, al igual que otros reyes de las dinastías españolas, devoto admirador de nuestra Fiesta, que en aquel entonces, justo es proclamarlo, era patrimonio casi exclusivo de la aristocracia.

Costillares o Joaquín Rodríguez, que así se llamaba el inventor del volapié, que modificó además los trajes de torear, haciéndolos más alegres y vistosos al añadir los caireles y alamares a las chaquetillas; Pedro Romero, el fundador de la escuela rondeña, cuya mano dura y certera estoqueó más de cinco mil toros; José Delgado, el archiconocido «Pepe-Hillo», rival directo de Pedro Romero, cogido y herido mortalmente por el toro «Barbudo»; Francisco Montes, apodado «El Paquiro», la quintaesencia del entendimiento taurómico, autor de la obra base del toreo moderno, y otros afamados diestros, fueron los verdaderos creadores de nuestra Fiesta, pues abandonada como pasatiempo o diversión por la aristocracia, caída en manos de lacayos de lanza y freno, fueron estos hombres de la plebe los que, poco a poco, la transformaron y perfeccionaron hasta convertir lo que había sido tan sólo una profesión lucrativa, en un arte y en un símbolo del pueblo español.

Y ya que estamos en medio de este gran redondel formado por los carteles taurinos de la Gran Corrida de Beneficencia, procede decir, dado que la única razón de mi conferencia ha sido la de comentar orígenes y motivos de una tradición plástica, que a pesar de que nuestra Fiesta Nacional sólo adquirió rango de espectáculo popular a partir de los principios del siglo XVIII, no por ello dejamos de encontrar en siglos anteriores antecedentes claros, bellos y bien perfilados del cartel taurino cuando aún no había nacido el toreo a pie.





¿Cuál es la misión de un cartel anunciador? Creo y supongo que todos ustedes estarán conformes conmigo que su principal finalidad es la de atraer la atención del público de forma que la prédica o el pregón invite a realizar determinada cosa. La propaganda en el mundo se ha efectuado a través de formas bien dispares, pero ha sido sin duda una de las más eficaces aquella que ha empleado la palabra, el órgano más sonoro del pensamiento humano. Y en este sentido cabe decir que la fiesta de toros, cuando el caballero lanceaba las reses, tuvo sus mejores carteles en los hermosos romances de Gazul y Zulema, o cuando dice Cervantes en la segunda parte del *Quijote*: «Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada como feliz suceso a un bravo toro». O, simplemente, en aquel relato en que se alaba al Duque de Pastrana «montado a caballo, con semblante más de ángel que de hombre, elevado en la silla, que parecía centauro, haciendo mil gallardías y enamorando a cuantas personas le miraban».

Y yo me pregunto: ¿Quién, después de leer tan sugestiva relación, no iba a sentir curiosidad de ver con sus propios ojos lo que la literatura y la poesía ensalzan. Obras más o menos afortunadas, según el valor de sus autores, pero que casi siempre ha ido dejando en el lector la ilusión de deleitarse por las incidencias de la fiesta o al menos el afán de conocer, que el morbo de la curiosidad sólo se cura cuando ya no se necesita escuchar ni ver, porque ya se ha escuchado y se ha visto.

Pero estos elogios alcanzaron su mayor fuerza propagandística en las palabras del Padre Mariana, el Tito Livio de los españoles, teólogo e historiador, quien con gallardía hispánica, nunca desmentida, proclama que prefiere cien veces a esas mal llamadas fiestas de teatro, las de los toros, donde se embravece el ánimo de los que contemplan la no interrumpida serie de triunfos y peligros.

Y si el cartel es, como siempre se ha dicho, un grito en la calle que nos llama, qué exclamación más

En el centro, el anuncio de la IX Exposición; a ambos lados, dos buenas muestras de cómo se puede anunciar una corrida de toros; Teodoro Delgado, a la izquierda, con un cartel «casi» clásico, y Juan Poza, a la derecha, ha recogido el realce que siempre da la mujer a todas las cosas, para hacer un delicado canto a la fiesta nacional.

fuerte, más rotunda y enérgica, la de Alejandro Dumas, cuando al salir de presenciar una corrida de toros, ganado para siempre por la belleza del espectáculo, sus palabras fueron trazando las líneas del más dramático cartel taurino al hablar con ímpetu y vehemencia de la hermosa fiesta del terror y la alegría. En estas palabras del gran escritor francés: «Hagan ustedes dramas después de esto», encuentro yo el mejor y más publicitario «slogan» para esa nueva técnica cartelera que ha surgido con el cine y la televisión.

En el pregonero, ese hombre que publica en voz alta una noticia para que venga al conocimiento de todos, encontramos el segundo antecedente del cartel anunciador. Es un cartel en vivo, como ahora se dice; usa clarines, timbales y gaitas; por las calles y esquinas va dejando oír su voz anunciando la Fiesta. La chiquillería se arremolina a su alrededor, mientras se oye el vozarrón dominante y dominador del buen mozo que va pregonando que «El Rey, Nuestro Señor, que Dios guarde, se ha servido señalar tal día de tal año para la primera corrida de toros de muerte». Toros de muerte pregonados entre charanga y alaridos, porque, a fin y a la postre, la Fiesta es función en la que puede aparecer la muerte de improviso con su trágico atuendo y hay que alejarla entre sonos de tambores y exorcismos profanos con jolgorio y alegría.

Dicen que el primer cartel de toros data de 1761 y que corresponde a la plaza de la Real Maestranza de Sevilla, que en estas cosas de toros hasta hace poco siempre ha llevado la delantera a las demás de la Península en la primera década del siglo XX. ¿Qué son sesenta años a lo largo de la historia! Pues es, aproximadamente,

«Sacul» volvió una vez más a animar nuestro Concurso. Con su estilo característico, que tantos éxitos le han reportado dentro y fuera de nuestra Exposición, Sacul no consiguió esta vez, sin embargo, el premio al que, prácticamente, está acostumbrado. Pero, eso sí, ahí queda con su aportación una muestra bastante elocuente de su peculiar estilo.



cuando traspasó su mando a la primera Plaza del Mundo, que es, como nadie puede ignorar, la de Madrid. Sin embargo, en contra de la aseveración anterior señalando la primacía cartelera en favor de la Maestranza sevillana, cabe aducir que por la Archicofradía de la Sacramental de San Isidro, propietaria de la primera plaza circular de toros construída en Madrid, se imprimieron los correspondientes carteles anunciadores para las tres corridas celebradas en 1737, con el laudable propósito de recaudar fondos para terminar la construcción del Puente de San Isidro sobre el río Manzanares. El impresor, Juan Robles, cobró por la composición y tirada de las dos primeras fiestas, según asegura don Baltasar Cuartero en un interesante y documentado libro, cincuenta reales, y el impresor de los carteles de la tercera corrida, tan sólo cuarenta. Como ven ustedes, esta primacía alegada por Sevilla, podría discutirse, mas como los madrileños somos generosos —sólo puede dar quien mucho tiene—, no nos paramos a reclamar lo que está ya de antiguo adjudicado, mucho más cuando no se puede presentar la prueba fehaciente e irrefutable.

¿Cómo eran los primeros carteles de los toros? Es-

tamos en los principios del toreo a pie, ya no se lee el *Tratado de la Caballería a la jineta* y ese ameno e instructivo libro que escribió don Gaspar de Bonifaz, caballero de Felipe IV y gran rejoneador, sobre las reglas de torear desde el caballo, rejoneando y alanceando toros. Se ha construído bajo la dirección de don Pedro de Rivera, Arquitecto Mayor del Ayuntamiento de Madrid, la plaza sita en lugar denominado Casa Puerta, contigua al Soto del Luzón, junto a la Dehesa de la Villa, y está casi encima la época de los grandes tratados de la Tauromaquia escritos por «Pepe-Hillo» y Francisco Montes. La Fiesta evoluciona, pero aún se encuentra en los albores de su esplendor, y por ello no puede extrañar, dejando aparte, claro es, otras consideraciones históricas y de orden tipográfico, que el primitivo cartel, objeto de nuestro comentario, se señale por su extraordinaria sencillez ornamental. Son más bien informativos que llamativos; se limitan a dar la noticia, no a buscar el cliente. Carecen, por tanto, de unas técnicas publicitarias que, por otro lado, sería absurdo pretender en aquel mundo de cortesías, mucho más preocupado de los negocios espirituales que del lucro monetario. Si nos detenemos a exami-

Lesme López Pinel fué la gran sorpresa de la IX Exposición. Miembro del Jurado en repetidas ocasiones, esta vez renunció a representar a sus compañeros y envió este cartel bastante «picassiano», tan distinto a su obra habitual —tan exquisita y por todos conocida—, y que en el cartel presentado confirma a través de una técnica moderna y de gran valor propagandístico. El color, los tonos que maneja en este bonito cartel tienen una gran fuerza expresiva y, desde luego, la elocuencia de su lenguaje gráfico también es poderosa.



nar estos carteles, comprobamos la penuria de alardes tipográficos. Una orla sencilla y austera cierra el texto del cartel redactado atendiendo a las preferencias del público. Se destaca en primer término la lista de los dueños de los toros que habían de jugar, luego venía la lista del color de las divisas y por último el nombre de los diestros con tipografía de poca monta. Ahora bien, todos estos carteles tenían dos notas comunes: el encabezamiento, «El Rey Nuestro Señor se ha servido señalar...», y una piadosa advertencia referida a los diestros: «Dios los saque en paz y todo quede en honesta diversión, sin la menor desgracia».

Según transcurren los años, la redacción y la tipografía van sufriendo variaciones; ya no es el Rey Nuestro Señor quien autoriza el festejo, sino el Corredor y el Ayuntamiento, como en la época de la dominación francesa, y últimamente, como todos sabemos, la autoridad competente. Los carteles insertan advertencias relacionadas con el espectáculo. ¿No serán estas admoniciones prohibiendo arrojar cáscaras de naranjas, piedras, palos, perros, gatos y otros animales muertos, o como muy bien señala Cossío en su

obra monumental *Los Toros*, el primer y más rudimentario intento en pro de una reglamentación de la Fiesta Nacional? Es muy probable, pero lo que a nosotros nos interesa señalar ahora es que el cartel se va enriqueciendo tipográficamente y que tras la aparición de viñetas y orlas más o menos decorativas, desde las hojas de acanto a la orla de ojiva, se llega al cartel en que adquiere verdadera importancia el tema objeto de la materia y entran en juego, por consiguiente, las escenas taurinas reproducidas en dibujos de verdadero mérito y de especial interés para conocer las costumbres y las suertes toreras, la mayoría de ellas ya en desuso.

Pero estamos hablando de cosas que ocurren más o menos hacia la mitad del siglo XIX y mucho antes se han producido dos hechos importantes en la plástica de los toros: uno de ellos es la colección de las principales suertes de una corrida de toros, grabada por Luis Fernández, que nos informa con detalle, al igual que en la colección de Carnicero, sobre las maneras de torear a fines del siglo XVIII. Y el otro hecho, mucho más importante, de categoría trascen-